

PAQARINA

La vida en penumbras



Keren Trapunsky

PRÓLOGO

El sueño de Zoé

Quiero contarles una historia para que abran los ojos, nuestra realidad no está lejos de esta.

Cuando los humanos sueñan, olvidan lo vivido apenas se incorporan. Hay otros seres privilegiados que, en cambio, sí logran recordar cada detalle. Zoé era así, lúcida. Sabía que estaba dormida, pero no quería despertar.

En su sueño, caminaba sobre el agua transparente de una laguna inmensa, de cuyas profundidades provenía la luz más penetrante que jamás había visto. Era algo parecido a una esfera ardiente bajo el agua, muy blanca. Una pelota vaporosa que la atraía, la hipnotizaba, no podía dejar de mirarla. Iba flotando en torno a ella, deslizándose, como bailando. Las plantas de sus pies patinaban sobre la superficie cristalina del agua. El viento agitaba su cabello en todas las direcciones, pero ella se sentía fresca y despejada, nada le molestaba.

Todo a su alrededor era realmente magnífico. Estaba oscuro, pero las montañas, la vegetación y el agua brillaban como si tuvieran vida propia. Ante la esfera blanca, los colores que daban vida a todos los elementos del sueño fosforescían. El agua, de un turquesa intenso, traslucía la magia de las profundidades de la laguna. Estaba llena de corales de diversas tonalidades, así como peces y otras criaturas marinas que se movían con gracia, resplandeciendo. Se trataba de un paraíso onírico, raro y a la vez maravilloso, donde lo que experimentaba trascendía sus cinco sentidos, como un espacio infinito y celestial.

Como nunca, una delicada diadema la coronaba. Llevaba puesto un traje de gasa negro, bien ceñido a la cintura. El elegante vestido se extendía hasta sus pies y varios metros de tela ondulaban a su alrededor, jugando con el aire. Bellas pulseras de oro macizo le cubrían los brazos hasta los codos y tenía puesto un cinturón de ese mismo material precioso. Por algún motivo que desconocía Zoé sabía que toda esa magia provenía de la esfera.

Cuando estaba a escasos metros de su objetivo, estiró el brazo hacia la luz con el ademán de alcanzarla más rápido. Faltaban unos centímetros para hacer el contacto cuando, en ese preciso instante, un bulto más grande que ella se interpuso y la abrazó desde el costado, alejándola de su preciada meta. Desesperada, trató de desatarse de esos brazos fuertes que la envolvían, pero sus intentos fueron en vano. La figura masculina que la separó de la esfera incandescente era más fuerte que ella, a pesar de la sensación de poder sin límites que venía experimentando.

A la velocidad de la luz, Zoé fue conducida hacia la superficie y luego fuera del agua, hasta la orilla. Impaciente, quiso dar media vuelta para enfrentarse a quien había osado separarla de la grandeza de aquel sol. Con un poco de empeño y, sintiendo que su oponente dejaba de resistirse, logró liberarse unos centímetros del abrazo y girar sobre su sitio para encontrarse con los ojos verdes más hermosos que había visto en su vida. Se quedó estupefacta, pues la intensidad de su mirada la dejó inmóvil. Los ojos almendrados del muchacho le imploraban algo que no llegaba a comprender del todo, parecían decir “te necesito”.

Cuando despegó los párpados, el recuerdo del sueño apareció con aguda claridad.

¿Quién era él?

CAPÍTULO UNO

Para la inmensa mayoría

Ya no quedan rastros de la Lima de antes, al menos, eso dice mi mamá. Los mayores reniegan porque la ciudad no se transformó para bien. Yo alcancé a leer algunos libros antiguos, que hablan de la remota grandeza de la capital. Era palacio de virreyes y testigo de lujos que muchos jóvenes de ahora, simplemente, no podríamos imaginar. Es irreal pensar que alguna vez existió un mar azul, espacios llenos de verde y flores de colores. Me es difícil creer que abundante y exquisita comida, de sabores salados y dulces, estuviera al alcance de la mano. Lo mismo me pasa con esas “casas de estudio”, donde las personas solían acercarse para aprender. Un mundo así me parece de ensueño, desconfío de la existencia de esas opulencias.

La revolución que marcó un antes y un después en la historia del Perú se dio en el año 2021. Yo no la viví, pero llegué al mundo cuando el cambio empezó a acelerarse y crecí sin conocer otra cosa que la degeneración. Nací en el 2024, ahora tengo 16 años. Siempre fui sensible, incluso, desde que era muy pequeña. Llegaba a percibir el vestigio de lo que alguna vez fuimos, de las oportunidades que habíamos tenido y se echaron a perder. De la vastedad en que la gente de épocas pasadas vivió y, por mala suerte, no supo cuidar. El aroma de ese pasado, que fue definitivamente mejor, parece haberse quedado flotando como para que escarmentemos. Como para valorar lo poquito que tenemos, ¿no? Está en las calles destruidas, en los edificios sucios y maltratados. En el polvo que se levanta de lo que alguna vez fueron “parques”, donde antes vivían árboles. Sobre todo, está en la misma gente. En las peleas callejeras, en los asesinatos sangrientos, en los ojos de temor de los ancianos, en la desesperación de los padres que no encuentran un futuro para ofrecer a sus hijos. Estamos verdaderamente estancados, sumidos en la más profunda miseria, física y espiritual. Yo tengo que respirar todo esto a diario, aunque mi generación no tiene la culpa. Solo nacimos en un mal, muy mal momento.

El partido político que asumió el poder hace 20 años, con el que se inició todo

este camino hacia la devastación, tomó las riendas del país mediante una elección democrática legítima. Esta rompió con todo récord histórico, por la sorprendente unanimidad electoral. El 90% de los ciudadanos votaron a favor de un mismo candidato. Además, hubo una ausencia absoluta de oposición en el Congreso. Los que la vivieron, cuentan que la campaña política fue una verdadera obra maestra. Había sido tan clara, tan potente y tan estratégica, que pudo convencer a todos. Chicos y grandes, derechistas e izquierdistas, tontos e inteligentes. Todos cayeron rendidos. Por un lado, las masas estaban encantadas con los regalos de campaña y esa simple promesa de vivir en igualdad. Por el otro, unos pocos con mucho dinero, malas intenciones y poder económico se sintieron satisfechos con el cuantioso trato que se les ofrecía por debajo de la mesa: ser los dueños del Perú.

Bajo la ilusión de estar –por primera vez en la historia– unidos en la decisión del rumbo político del país, los casi 33 millones de peruanos de ese entonces encontraron la respuesta a sus plegarias en un partido que prometía un sentido de libertad sin límites. Entre medidas populistas, que destacaban la importancia del individualismo y del libre albedrío, Rómulo Salas asumió la presidencia con sencillez y una amplia sonrisa. Había prometido la plena potestad del ciudadano y un gobierno a su servicio, a través de la eliminación de las barreras burocráticas que parecían frenar el desarrollo. Lo malo fue que con la desaparición de las obligaciones, se fueron también los derechos. Una a una, las grandes instituciones del Estado empezaban a parecer inútiles, por lo que se iban clausurando. Y nadie se opuso.

Dicha anarquía no fue para bien. Las leyes y procedimientos que quedaban dejaron de cumplirse, porque era más fácil y más rentable cerrar tratos por lo bajo que por la vía legal, mediante las famosas “coimas”. Los oficiales del Gobierno, ante la ausencia de la burocracia, empezaron a jugar su propio partido y a hacer prevalecer sus intereses personales. Solicitaban gruesas comisiones por emitir resoluciones y firmar contratos. Lo mismo ocurría cuando se adjudicaban proyectos de inversión pública y programas sociales.

Este *modus operandi* se extendió hacia casi todas las gestiones administrativas del país. En un principio, muchos funcionarios fueron despedidos bajo la antigua promesa de campaña de mantener medidas de anticorrupción estrictas, pero el problema es que tampoco fueron reemplazados.

Uno tras otro, los ministerios desaparecieron, junto con todos sus líderes y funcionarios. Empezaron a hacerse más frecuentes las corridas en los bancos. Después vinieron los saqueos, y así el pánico empezó a cundir. Poco a poco y, luego intempestivamente, todo sistema e institución se derrumbó. Entonces, como era de esperarse, el caos se apoderó de la sociedad. Hemos llegado al punto en que los habitantes vivimos sin normas ni autoridad. Y ni siquiera nos queda muy claro el porqué de esta situación, qué tuvo que ocurrir para que el Estado desapareciera y el desgobierno se abriera paso. De un momento a otro, ya no tenemos presidentes ni políticos: solo almas deambulando.

He leído algunos libros de política y sé que la democracia era criticada por muchos, pero definitivamente, esta forma de vida es aún peor. No tenemos estructura social de ningún tipo. Ni siquiera estoy segura de entender cómo fue que se estableció este desorden, porque solo conozco lo que los adultos me han contado. Trato de hacer encajar todos esos retazos de información, aunque consigo hallar muy poco. Me gustaría saber más, porque creo que si uno entiende bien un problema, puede encontrar una solución. De lo único que sí estoy segura, es que no tenemos sistema educativo, ni policía, ni centros de salud. Lo sé porque lo vivo a diario. Tampoco contamos con un servicio adecuado de saneamiento ni agua potable.

Muchas personas sufren de enfermedades transmitidas por insectos vectores, como la malaria y el dengue. Otras tantas, padecen de enfermedades estomacales porque no tienen agua limpia suficiente para lavarse las manos o preparar sus alimentos. Me consta que la comida es verdaderamente escasa, porque a veces paso hambre. Soy consciente del caos, porque tengo miedo de salir de mi casa. Convivo con el miedo, en realidad, todo el tiempo.

¿Dónde está el Presidente para poner orden? Es la pregunta que todos nos hacemos desde hace varios años. La última vez que lo vimos públicamente fue en julio de 2025, durante su última transmisión televisiva. Yo tenía solo un año de edad. Su discurso por Fiestas Patrias no dio cuenta de los avances del país, ni de los planes que su gobierno tenía para retomar el control y asegurar nuestro futuro. Solo se presentó ante las cámaras para declarar que: “Los medios de comunicación presentan información parcializada que desvía de forma perversa la atención de la ciudadanía y la opinión pública. Por ello, es importante evitar que sigan en contacto con los peruanos...”.

Esta es una cita textual, la tengo porque mi madre la anotó en una hoja de papel ese mismo día. Lo hizo porque temió, sabiamente, que no quedara ninguna evidencia de ese suceso histórico en el país. Y así fue. Al día siguiente, todos los canales y medios de comunicación masivos fueron clausurados, y no volvieron a existir señales de radio, periódicos, ni programación televisiva alguna. También se restringió el acceso a lo que se conocía como Internet y se bloquearon las líneas telefónicas.

Tras todos esos sucesos, como era de esperarse, se dio un importante declive en el sector privado. De la amplia variedad de grandes, medianas y pequeñas empresas que alguna vez existieron en el país, hoy solo quedan un puñado de industrias que producen artículos y alimentos de muy mala calidad. Ante la ausencia de instituciones públicas reguladoras de un libre mercado que promovieran exportaciones e importaciones, las empresas peruanas empezaron a perder competitividad y terminaron quebrando. Al final el Estado privatizó las pocas que quedaron y las concesionó para que fueran operadas por esos pocos peruanos poderosos.

El 21 de diciembre de 2026, por ejemplo, se cerró el Ministerio de la

Producción, clausurando formalmente todos los programas de fortalecimiento a la micro, pequeña, mediana y gran empresa. Es curioso que alguna vez alguien haya tomado esa fecha como el fin del mundo, a partir de una predicción de la cultura maya, según me contó mi mamá. En el Perú, ese día fue bautizado como la “Noche de los Desesperados”, en vista de que muchos se suicidaron por no poder afrontar sus deudas, al ver sus emprendimientos y negocios en bancarrota. Otros, más optimistas, optaron por vender lo poco que les quedaba. Algunos, inclusive, lograron vender sus deudas, pero a una tasa de interés equivalente a la esclavitud. Es así que muchas personas cedieron finalmente todos sus bienes y poderes, como su propia integridad, con tal de subsistir.

En los grandes rubros productivos que hoy todavía prevalecen y que son gestionados, en teoría, por ese Estado que nadie ve, tienen trabajo algunos con suerte. A cambio de largas jornadas de mano de obra les entregan beneficios como agua, comida y protección. Todos estos son recursos altamente valorados en una realidad tan desgraciada. La gente se aglomera para vivir de acuerdo a sus posibilidades y preferencias. Algunos en barrios no tan violentos, que mal que bien están protegidos por rondas vecinales, pero tampoco se sienten ni están a salvo. En realidad, nadie lo está. Otra forma de subsistencia, muy común por estos días, es utilizar la violencia para hacer del caos un negocio rentable. Salas se mandó a mudar, nadie sabe dónde está y tampoco hay quién vaya a buscarlo.

Ante la ausencia de autoridad, en los últimos años surgieron pandillas, mafias y grupos criminales organizados que reclaman su poder sobre determinadas zonas de la ciudad. Este tipo de agrupaciones se preocupan, básicamente, de no enfrentarse a otros grupos similares, sobre todo, si son más poderosos. También de mantener al resto de la población lo más desagregada y desinformada posible, para que nadie pueda rebelarse o levantarse en su contra. Queman libros públicamente en las calles y asesinan a quemarropa a quienes se reúnen en grupos muy grandes, solo por si acaso. Sus posesiones provienen del robo sistematizado y el cobro de cupos. Su poder, de la fuerza bruta.

He escuchado rumores de que se encargan de proteger, desde fuera, a lo que hoy se conoce como Neolima. A cambio de armamento y otras facilidades, evitan que la escoria se aproxime demasiado a la ciudadela donde viven los más privilegiados. Seguramente, así mantienen el poder que tienen. A fin de cuentas, parece que Salas cumplió con su promesa: uno puede hacer lo que quiera en el Perú, literalmente, lo que le dé la gana. Hay libertad para todo, pero el precio es muy alto. A veces, te puede costar la vida.

En conclusión, el país no solo se detuvo, también retrocedió. Ya no existen recursos tecnológicos y quedan pocas evidencias de aquellos aparatos del pasado, hoy considerados lujos por los que algunos matarían. Por ello, muchos prefieren ni pensar en poseerlos y, si los tienen, los abandonan en la calle para que no vengan a quitárselos. Mi madre dice que alguna vez existieron más teléfonos celulares que personas en el Perú. Yo no lo creo. Si con las justas he alcanzado a ver, y de reojo, uno de esos aparatos en toda mi vida. Me dan miedo, aunque entiendo que es perjudicial para nuestra época el no contar con un sistema de comunicaciones. Si en Lima la cosa ya es difícil, en provincias es imposible. No tenemos idea de lo que pasa por allá. No existen medios para establecer comunicación a distancia, mucho menos saber qué sucede en el extranjero. Parece que se olvidaron de nosotros. Nosotros mismos también nos olvidamos. En algún momento nos perdimos, nos desconectamos, pero yo era muy chica para entenderlo cuando sucedió.

Dicen pues, que hace tiempo existía una cosa que se llamaba Internet y servía para transportar la información a cualquier parte del mundo. Funcionaba conectándose de manera invisible entre diferentes aparatos, como los benditos teléfonos celulares y otras máquinas en forma de caja. Sonidos, textos, imágenes, dibujos, fotografías y videos. Desde lo más trascendental, hasta cualquier tontería que pueda compartirse sobre el quehacer general de las personas. Todo aquello podía enviarse en cuestión de segundos de un hemisferio al otro, o sea que cualquier información era inmediata a nivel internacional. Pero esas ya son cosas del pasado, o que han sido únicamente reservadas para unos pocos privilegiados. Nosotros somos la gran parte de una

nación condenada a una lenta y dolorosa decadencia, donde cada día es peor al anterior y nadie sabe nada de nada. Al menos, es así para la inmensa mayoría.

Tuve la suerte de nacer de mi madre. Ana Hurin siempre fue una mujer muy determinada. Es de baja estatura y piel morena, tiene manos fuertes y el cabello lacio oscuro. Sus rasgos indígenas evidencian a sus antepasados, quienes habitaron estas tierras mucho antes de la llegada de los españoles, y de los que no sabemos casi nada. Solo tenía 25 años cuando me tuvo, pero siempre supo qué hacer conmigo. De joven, gozó los privilegios de ir a un colegio con valores y renombre, allá por esas épocas mejores, donde le enseñaron a ser disciplinada y creativa a la vez. Ella me formó y me educó, traspasándome cuanto conocimiento pudo. Nunca me he sentido avergonzada de reconocer que fue mi madre y también mi padre, porque le debo la vida. Estoy eternamente orgullosa de haber salido de una persona tan increíble como ella.

No sé quién es mi papá, pero tampoco me importa, porque con ella tengo más que suficiente. Me da amor en exceso y algunos castigos esporádicos, sobre todo, cuando fui niña rebelde y adolescente inconforme. Podría asegurar que hizo todo lo que estuvo en su poder –y más– para darme una formación educativa y con valores muy privilegiada. ¿Ya dije que me da mucho pero mucho amor? Quizás, demasiado, pero así es mi mamá. Puede que yo no sepa mucho de la vida ni del mundo, pero si de algo estoy segura, es que el amor todo lo puede porque mi madre todo lo puede.

Alguna vez mi tía Gladys, su hermana menor, me contó a pedacitos la historia de cómo mi mamá conoció a mi papá, pero siempre fueron cuchicheos a escondidas. Por algún motivo que yo desconozco, y mucho menos entiendo, la historia es un tabú entre los miembros que quedan de mi familia. Según

comprendí, él era un extranjero que vino a visitar el Cusco desde un continente llamado Europa, donde la gente es muy alta y muy blanca.

En esa época, mi madre y su familia entera vivían en la ciudad del Cusco, porque así lo habían hecho desde siempre y porque eran dueños de una pequeña parte de esa tierra. Eso es todo lo que sé de mi padre. Que era un hombre guapo que vino al país y se fue sin saber de mi existencia, antes que comenzara el declive de la nación. Aunque tuve que reconstruir esa historia durante varios años, a través de la lengua floja de mi tía, pude entender por fin el porqué de mi aspecto físico. Tengo el pelo muy liso y muy negro, como mi mamá, pero también soy relativamente alta y con la tez tan pálida que parece transparente. Más que muy probablemente, esa es la herencia de mi progenitor.

De la familia cusqueña quedamos mi madre y yo, mi tía Gladys, su esposo Amador y el viejo Saúl, mi querido tío abuelo que vive en nuestra casa. Su historia me llena de tristeza, porque su esposa y ocho hijos se quedaron sin poder salir del Cusco en algún momento del 2029. A partir de entonces, la movilidad entre ciudades se volvió imposible, por ser sumamente peligrosa. Nadie había escuchado de alguien que lograra llegar con éxito a su destino, sin atracos en el camino. Por ello, mi madre y Gladys obligaron a Saúl a permanecer en Lima, donde al menos está relativamente seguro. Tras varios intentos fallidos de fuga, el pobre hombre abandonó toda esperanza, limitándose a vivir del recuerdo de su familia directa, aferrándose a la idea de que ojalá sobrevivieran a la debacle de la nación.

A diario, mi tío Saúl añora y extraña a su bella esposa, como él la describe: “La mujer de los ojos más hermosos de todo el Collasuyo”. Según me contó, este “suyo” fue una de las cuatro regiones en las que se dividió el imperio que reinó en Perú antes de la conquista española. De él se desprenden leyendas que hablan del poder de las mujeres, quienes eran capaces de inmovilizar a los hombres con una sola mirada. Saúl también habla mucho de sus hijos, esos cholitos que dejó de pequeños aún con mañas de niños, y de cómo los engreía

con todo el amor del mundo. Por un momento, sonrío al contar sus historias, maravillado de lo increíble que es ser padre, pero siempre aterrizo de bruces en la triste conclusión de haberlos dejado demasiado pequeños. Tampoco sabe si sus hijos llegaron a ser adultos.

Poco a poco, el viejo Saúl se fue quedando ciego y hoy ya no puede ver. Mi tía Gladys asegura que es por pura pena: al no poder ver a los suyos, prefirió no ver a nadie más.

Mi cariño por Johana es indescriptible. La considero una hermana, pues crecimos prácticamente en simultáneo y compartiendo casi todo. Sin embargo, por más que es mi compinche y mi mejor amiga, siempre sentí más afinidad con su hermano mellizo, Julio. Me identifico con él porque nuestra personalidad es parecida, así como nuestra forma de ver y hacer las cosas.

A menudo, Julio y yo nos encontramos intercambiando miradas de tolerante y cariñosa desaprobación ante las ideas excéntricas de Johana. Ella siempre se autoproclama como la líder y la heroína del grupo. Nosotros le cedemos ese derecho imaginario, más que nada, por su engreimiento. Julio y yo somos más calmados y de perfil bajo. Preferimos no llamar tanto la atención, sino pasar desapercibidos. Además, fue Julio quien estuvo presente la primera vez que comprobé que tengo habilidades distintas. Estoy agradecida porque fue él y no otra persona. No sé qué hubiera pasado si, en su lugar, hubiese estado Johana. Probablemente, toda esta historia sería diferente, comenzando por el simple hecho de que a ella le costaría mucho más que a su hermano guardar y cargar con mi secreto.

Siempre recuerdo lo que sentí con la intensidad de ese mismo día. Yo tenía unos 10 años. Johana estaba castigada en su casa, por ser la autora intelectual de una travesura que había puesto en riesgo su vida, la de su hermano y la mía.

Por eso, Julio y yo estábamos solos en mi habitación, revisando unos cómics de Marvel. Eran del personaje *Iron Man*, una tira antigua que pone mucho énfasis en el desarrollo científico del que nada sabíamos y, por supuesto, llevaba nuestra curiosidad al extremo.

En esa oportunidad, como todavía éramos chicos y bastante inocentes, se nos ocurrió intentar uno de esos experimentos tan magníficos que Tony Stark solía hacer. Queríamos crear una computadora parecida a Cerebro, que resolviera algoritmos y los problemas complejos de la existencia humana. Yo tenía algunos libros de ingeniería en mi colección, que nos indicaron que lo principal, para cualquier cosa que nos propusiéramos, era una fuente de poder. Afortunadamente –aunque no tanto para ese momento–, mi madre y yo habíamos encontrado una batería que se recargaba con la luz del sol, la cual utilizábamos para dar corriente a ciertos artefactos de la casa.

Julio y yo nos pasamos toda la tarde ensamblando un tablero con un procesador oxidado, que estaba conectado a una pequeña pantalla de calculadora. Con que pudiéramos hacer una operación de suma o resta íbamos a estar más que felices. Todo lo que faltaba era conectar nuestro precario menjunje de cables a la fuente de poder. Lo que no sabíamos, era que el aparato solo podía proveer ciertos voltajes controlados, pues de otro modo, estallaría. Confiado en la ignorancia de cualquier niño que juega con ilusión, Julio tomó ambos cables del tablero y se dispuso a conectarlos a las salidas de la batería.

Lo que ocurrió a continuación fue fugaz, tanto que me parece que lo vivimos a la velocidad de la luz. Entré en un estado de trance, en el que tomé consciencia absoluta de mi existencia. Podía sentir cada átomo de mi cuerpo y cómo la energía de cada uno se conectaba a la del otro. Cuando identifiqué el potencial peligro, en una fracción de segundo mi intención se convirtió en acción. Me sentí capaz de todo. Como en ese preciso instante la prioridad era que Julio estuviese a salvo, no se me ocurrió mejor idea que convertir mi voluntad de salvarlo en una realidad. Fue así que, en un ademán infinitamente rápido, casi simultáneo al momento exacto en el que vi la corriente empezar a fluir desde

los ganchos de los cables hacia las yemas de sus dedos, estiré los brazos hacia el incidente y empujé a Julio en sentido opuesto a la batería. Lo empujé desde lejos, sin tocarlo.

No sé si lo vi o lo sentí, o ambos a la vez, si es que acaso eso es posible. La verdad es que no sé cómo pude reaccionar tan rápido. Julio se estampó contra uno de los libreros, mientras que la batería rebotó en la pared y cayó en mi cama. Todo fue en un instante, lo repito, pero también demasiado real como para omitirlo o pensar que nos habíamos confundido.

Para rematar, de forma inexplicable y justo luego del rebote, todos mis objetos de colección, por los que yo tengo tanto pero tanto afecto, se encontraban gravitando en círculos a mi alrededor, como si yo fuera un imán. No sé cuál de los dos puso la cara de susto más trágica. Por como vi a Julio, parecía que estaba en auténtico estado de *shock*.

Nos costó un tiempo reponernos y asimilar lo que había sucedido, fueron largos segundos en los que permanecemos inmóviles, solo mirándonos. A fin de cuentas, mis “poderes mágicos”, o lo que sea que fueran, habían salvado a mi amigo de morir. Cuando decidí romper el trance, todos los objetos que estaban en el aire aterrizaron de imprevisto. Cubierta en sudor, con la piel rojísima y todavía destilando calor al punto de evaporar la humedad a mi alrededor, me lancé hacia Julio. Primero, para ver si estaba bien, pero también para rogarle que no se lo contara a nadie. Estaba muy asustada, confundida y avergonzada. Algunas lágrimas brotaron de mis ojos sin consultar, por lo que Julio se apiadó y me abrazó por un largo rato, para luego darme su palabra de que se llevaría mi secreto a la tumba.

No sé qué sucedió esa vez, ni tengo idea de qué es lo que se amasa dentro de mí, pero desde ese día, asumí que cualquiera que se entere se horrorizaría. O lo usaría en mi contra, para su beneficio. En una realidad como la nuestra, si la voz se corre, puedo ser secuestrada y vendida a cambio de casi cualquier cosa. Ni siquiera se lo conté a mi madre, y no volví a mostrarle esa faceta a Julio ni a

nadie. Pasó el tiempo y nos fuimos olvidando, o simplemente dejándolo de lado, por más que yo sé que él sabe y todavía nos queda esa extraña complicidad que nos ha unido durante tantos años.

Solo me permito practicar mis extrañas habilidades cuando estoy completamente sola, encerrada en mi dormitorio. No es fácil controlar todo esto que fluye dentro de mí y la capacidad que tengo de alterar las cosas a mi alrededor. Puedo sentir las vivas y conectadas. Poco a poco, he ido ganando una consciencia del mundo que es solo mía y, por lo que percibo, creo que es muy diferente a la del resto de personas.

Mi mamá consiguió un departamento en el primer piso de un desvencijado edificio del Callao. Tiene vista al mar, que es de color marrón oscuro y huele a putrefacción, pero a mí eso no me importa, para nada. Me paso horas mirando por la ventana de mi cuarto.

Cerca de nuestra calle está el ingreso a un muelle que se cae a pedazos, donde alguna vez se despacharon y recibieron inmensos contenedores con todo tipo de artículos y alimentos, provenientes de todas partes del mundo. Todavía quedan restos de lo que fue una infraestructura imponente, con torres de fierro de varias decenas de metros de altura y mucha maquinaria, ahora forrada en musgo verde. Pedazos del metal oxidado de algunos contenedores viven esparcidos por la orilla de la playa, entre tantas otras cosas inesperadas que a veces arroja el mar, como objetos de plástico y cuerpos de personas muertas. Mal que bien, nuestra casa es un sitio seguro dentro de esta horrible realidad: es nuestra propia fortaleza. Por haber pertenecido a un ex militar maniático de la seguridad, la vivienda tiene instaladas placas gruesas de acero en todo los muros, pisos y techos, además de un sistema de seguridad integral que controla sus pocas ventanas y puertas. Este sistema no necesita de energía para funcionar, lo cual es maravilloso, considerando que solo a veces tenemos

corriente eléctrica. La electricidad tiende a ser destinada a las grandes fábricas productivas y, por lo general, nos deja a oscuras, alumbrados solo por la tenue llama de una vela.

También tenemos un pequeño sótano, tan bien escondido, que lo descubrimos hace solo unos años mientras limpiábamos. Sin lugar a dudas, esta casa es nuestro búnker. Por suerte contamos con algunos lujos, como cocina a fuego, muebles, camas con colchones mullidos y abrigo. Mantenemos todo limpio, ordenado y organizado. Sobre todo, nuestros libros. Los libros han sido mi puerta de entrada al conocimiento. Mamá fue lectora de joven y yo heredé esa pasión. Cuando era chiquita, me sentaba en la sala a pasar las páginas intentando reconocer los códigos de las letras. Y cuando eso dejó de ser suficiente, empecé a obligar a mi madre a ayudarme, juntando letra por letra para lograr armar palabras y luego oraciones. Pronto aprendí y me volví una lectora ágil, para empezar también a ser más crítica. Fue así que comencé a leer antes de cumplir los cinco años, por iniciativa propia. Mi tío Saúl piensa que mi avidez por los textos es impresionante. Siempre dice que en otra época seguramente habría sido una filósofa de mucho prestigio, por la capacidad analítica que asegura reconocer en mí. Poco a poco, he ido armando una pequeña y bastante variada biblioteca por toda mi habitación, con libros heredados de mi madre, otros familiares y allegados. Tengo de todo: García Márquez, Vargas Llosa, Bryce Echenique y Jaime Bayly. También Marx, James Joyce, Bukowski y Steinbeck. Algunos textos de física, química, biología y matemática, todas ciencias que aprendí con mucha pasión. Incluso, tengo algunos tomos de temas como ocultismo y misticismo. De todo aquello construyo mi impresión del mundo y de las cosas. No lo digo en voz alta, pero percibo que no solo somos nosotros hoy, sino el mundo entero, el que desde hace años anda muy pero muy mal. Y por algún motivo que no conozco, siento unas ganas enormes de revertir esa situación. Quizás algún día pueda lograrlo.

Por suerte, tengo un espacio para conocer a jóvenes de mi edad, hablar de libros y otras cosas que nos interesan, en el pequeño grupo de estudios que las familias del barrio constituimos. Operamos de forma clandestina para evitar

ser vistos por cualquier organización criminal opuesta a la enseñanza. Unos cuantos adultos con conocimientos variados se reparten las materias para el dictado de clases, y así nos organizamos. Las sesiones se dan siempre que no ocurra ninguna desgracia o altercado en la zona. Cuando eso pasa, todos asumimos que la escuela se suspende, lo que nos llena de impotencia y frustración. Casi siempre, terminamos las jornadas con una buena historia de cómo fue ese pasado maravilloso. Es curioso sentir nostalgia de algo que no se ha vivido, pero así es. Esto es lo más cercano a un colegio que conozco y considero que es una suerte tener la oportunidad de aprender. El señor Tomás, quien nos enseña química y biología, cuenta que en su época nadie quería despertarse temprano para ir a estudiar y no lo podemos creer. Todos nosotros asistimos y atendemos a las lecciones más que fascinados.

De mi grupo de estudios, Julio y Johana Morán son mis amigos más cercanos, casi por imposición. La tía Soledad, mejor amiga de mi mamá desde la infancia y cusqueña también, dio a luz a los mellizos cuando yo tenía un año. Desde ese entonces, procuraron juntarnos en todas las actividades que eran humanamente posibles. Tenemos fotos juntos de bebés, cuando todavía existían cámaras fotográficas e impresoras, donde aparecemos sonrientes y felices. Éramos tan inocentes y, sobre todo, tan ignorantes del futuro que nos esperaba. Cuando todo comenzó a decaer, Soledad y su esposo Gustavo fueron un soporte importante para mi madre. Ahora que los tiempos son difíciles y no se puede confiar en casi nadie, es gratificante tener a los Morán, que son de esas pocas amistades con las que se puede contar y compartir lo poco que nos queda en esta vida. No me quejo del par de amigos que heredé, todo lo contrario. Nos hicimos cercanos desde pequeños, de forma muy natural. Entre los tres formamos una pandilla que ahora, en nuestra adolescencia, es un círculo muy fuerte. Son divertidísimos, sobre todo porque sus personalidades son completamente opuestas. Mientras que Johana es extrovertida y traviesa, su hermano es más bien callado y obediente. Desde que tengo uso de memoria, siempre me pareció genial pasar horas en medio de ambos y sus discusiones, jugando y creando mundos imaginarios.

No teníamos muchos juguetes ni espacios en los que explayarnos, pero la verdad es que éramos bastante creativos. Todavía lo somos.

Conforme fuimos creciendo y nos volvimos adolescentes, empezamos a destinar horas de horas a conversar y discutir. De lo que cada uno leía y cómo lo relacionaba con la vida. De las pocas cosas que sabíamos y lo mucho que nos quedaba por aprender. Y de cómo nos imaginábamos un mundo mejor, si es que acaso eso era posible. Al principio, afanosos, trazábamos planes de acción y de recuperación del país, súper detallados y muy soñadores. Estos casi siempre finalizaban en una lucha, con combate incluido, contra un enemigo que no podíamos definir o identificar, pero cuya presencia definitivamente sentíamos. Conforme maduramos y nos hicimos un poco “más grandes”, dejamos de lado las aventuras de ciencia ficción y optamos por ser un poquito más realistas.

El panorama no es muy optimista hoy en día. Si bien alguna vez aseguramos que la esperanza sería lo último que perderíamos, la verdad es que es bastante difícil preservarla intacta. Ya no conversamos acerca de un futuro mejor, es un tema tabú. Sin lugar a dudas, cada día la esperanza se esfuma un poquito más.

SOBRE LA AUTORA

Keren Trapunsky

Keren Trapunsky nació el 25 de marzo de 1989 en Lima. Es economista de la Universidad Pacífico y especialista en Desarrollo sostenible. Actualmente, trabaja como Gerente Corporativa de Sostenibilidad en Alicorp. Se ha desempeñado anteriormente como Gerente Regional de Sostenibilidad para AB-INBEV en Colombia, y como Gerente Nacional de Asuntos Corporativos para Unión de Cervecerías Peruanas Backus y Johnston en Perú.

Paqarina, la vida en penumbras es su primera aventura en el mundo literario.

www.paqarina.pe